

## *Reseñas*

---

**Alvarez Curbelo, Silvia, Mary Frances Gallart y Carmen I. Raffucci, eds. *Los arcos de la memoria: el '98 de los pueblos puertorriqueños*. San Juan: Oficina del Presidente de la Universidad de Puerto Rico / Comité del Centenario de 1898 / Asociación Puertorriqueña de Historiadores / Postdata, 1998. 341 págs.**

---

**Mario R. Cancel**

*Departamento de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico, Aguadilla*

En el relato "Funes el memorioso", la mejor parodia de los historiadores escrita por Jorge Luis Borges, Ireneo Funes tenía la capacidad de saber siempre exactamente la hora y conocer los nombres propios de la gente sin ninguna dificultad. "Más recuerdos tengo yo—decía—que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo (...) Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras" (Borges 1995:128). Para Borges, Funes era no sólo "un Zarathustra cimarrón y vernáculo" sino también "un compadrito de Fray Bentos, con ciertas incurables limitaciones" (p. 122). La desnudez y el desarme del historiador y la historiadora ante los fundamentos de la complejidad de lo cotidiano, no pueden estar más claros en todo el discurso borgeano.

Cuando me enfrenté por primera vez al volumen que voy a comentar, aquella y otras parodias de lo que pretendo ser, me vinieron de inmediato a la mente. Reseñar un tomo que recoge dieciocho visiones del Puerto Rico del cambio de siglo, puede ser una

tarea complicada. La polifonía de aquel momento, amiga de la multiplicidad de la realidad, también puede transformarse en obstáculo para el que, como yo, gusta de revisar la línea y la entrelínea, el propósito y el des-propósito que suelen convivir detrás de la palabra escrita.

El 1898 que conozco es algo así como la metáfora de la vejez que algunos observadores supieron descubrir en el Occidente posterior a la Revolución Francesa de 1789. Para develar a una nación, formación sociocultural o conjunto humano en su proceso de envejecimiento, se necesitan los ojos pícaros del poeta, visión que a veces invade el discurso histórico de los más atrevidos. Ese atrevimiento es la subversión del discurso y la esperanza de la verdadera subversión de la disciplina. Y la subversión de ambas cosas puede ser un gran paso hacia la subversión de una visión histórica agotada y agotadora, remendada insistentemente por las academias y los académicos.

El 1898 que conozco es, por lo tanto, la frágil frontera de ese momento en que Puerto Rico aprendió a envejecer por la fuerza de la imagen de su Historia al lado de los Estados Unidos de América, tras anteponerla a la que maduró mágicamente de la España con la cual había compartido fidelidades e infidelidades durante 405 años. Y Puerto Rico, aunque parezca increíble, aprendió a envejecer en el marco del duro pesimismo nietzscheano que Spengler tradujo tan bien a la palabra de los historiadores. En ese sentido, *Los arcos de la memoria: el '98 de los pueblos puertorriqueños* contiene un conjunto de documentos reveladores en donde la imagen de la esperanza y de la paz que supuestamente habían ayudado a construir los invasores durante los primeros años de su presencia en la Isla, se viene abajo de la manera más lírica.

El 1898 que descubro después de la lectura de este libro es el que ofreció una excelente oportunidad para las revanchas y el ajuste de cuentas de la gente común contra todo tipo de signo de poder, fuese éste español o americano, según evidencia la investigación de Mary Frances Gallart (p. 138). Pero también es el momento que permite las afirmaciones de lo que se es por medio de una tradición secular ligada con las versiones milenaristas de un complejo fin de siglo (p. 194 ss.). Es también la revelación de la imagen de la precariedad del orden post-invasión, y de la fragilidad de los signos de dos patriotismos sin contenido en la mente del hombre y la mujer común. La reiteración del referido patrón en ámbitos tan distantes como Guayama (p. 128 ss.), Caguas (p. 144), Utuado (pp. 119, 122) y Mayagüez (p. 50) permite poner sobre la

mesa la concepción de unos Estados Unidos identificados tajantemente con la modernidad, el progreso, el republicanismo y la libertad; y la probable concreción de esos principios en los momentos claves de aquel primer decenio del siglo XX (p. 169).

El 1898 que me dibujan estos ensayos es también aquel en el cual el cambio de soberanía pierde, en muchos casos, su carácter de subversor de sistemas para transformarse en legitimador de las desigualdades sociales y culturales que habían hecho cada vez más tensa la vida diaria del pueblo puertorriqueño (p. 172). La idea de la revolución modernizadora que representó la presencia de los Estados Unidos en Puerto Rico, merece ser reevaluada después de la lectura de *Los arcos de la memoria: el '98 de los pueblos puertorriqueños*.

El conjunto de investigaciones ofrece una visión balanceada del significado de esa presencia. Ciertos textos son capaces de demostrar aquellos ámbitos en los cuales se destroza una supuesta línea de continuidad sociocultural de siglos. Los choques de dos éticas dispares, observables en los textos de Carla Orozco Canossa y Nérida Agosto Cintrón (pp. 185, 193 ss.), y las concepciones particulares de la higiene como valor civilizador (pp. 70, 76), según discuten Víctor M. Torres Vélez y Carlos Buitrago Ortiz, son ejemplos claros de ello. Pero también ofrecen puntos de enlace, entre el tradicional discurso de la drástica *ruptura* que inventó un hispanofilismo patriarcalista y conservador durante las primeras décadas del siglo XX, discutido por Jaime Moisés Pérez Rivera (pp. 261-262); y la nueva mirada que destaca las *continuidades* de ciertas tendencias en la corriente intersiglos. Una muestra de ello es la evidente ruta urbanizadora y suburbanizadora (p. 98) que había tomado la colonia desde fines del siglo XIX, notable en el casco de San Juan (p. 19 ss.), Santurce (p. 58 ss.), Mayagüez (pp. 39-42), Utuado y Adjuntas; y que la invasión no hizo más que afirmar.

El 1898 que inventa este libro es, en consecuencia, aquel que pretende proyectar los contrastes entre la Historia escrita con mayúscula y las historias vividas por personas de carne y hueso en un mundo en el cual la materialidad no puede ni debe ser reducida a fórmulas. La pregunta mágicamente compleja de cuál territorio es la proyección de cuál, también está planteada de manera brillante en el ensayo de Rubén Nazario Velasco (p. 168). La propuesta de que unas estructuras creadas en el laboratorio de la investigación y la vida cotidiana se reflejan mutua y fielmente, también queda en entredicho después de la lectura de este tomo. Una de las conclusiones a la que se puede llegar después de la lectura de estos

ensayos es que alrededor del 1898 se pueden tejer infinidad de historias y relatos válidos, todos ellos capaces de movilizar hacia ciertas causas.

El 1898 que bosqueja esta colección es también un mundo en donde la conflictiva relación entre lo antiguo y lo moderno se patentiza con atisbos borgeanos, tal y como lo evidencia la lectura de Silvia Alvarez Curbelo en torno a las fiestas populares (p. 208 ss.), demostrando una vez más que las fronteras entre ciertas disciplinas que algunos imaginan insalvables, no dejan de ser una de las grandes ficciones de la modernidad. Borges ante su biblioteca de sueños no es menos vidente que Eric Hobsbawn ante la suya. Los lenguajes de la historia, la literatura y las ciencias sociales, cuando se lo proponen, saben ver a través de esa madeja sin cuenda de la llamada realidad (p. 11 ss.). Si estuviera leyendo este tomo con otra mirada, también podría insinuar que a veces se respira tras estas palabras la dulce emulación paródica de un momento mal comprendido. El laberinto de los intereses contrastantes y las afinidades de dos imperios en situaciones diametralmente distintas, también queda claro cuando se mira con calma estos trabajos.

El 1898 que encuentro en algunos de los textos sorprende por la originalidad de la mirada: el comentario de Manuel Valdés Pizzini en torno a la dasonomía (p. 78 ss.), la revisión de Benjamín Rivera Belardo sobre las tendencias en la vida económico-social del puerto de San Juan (p. 95 ss.), el juicio de Silvia Alvarez Curbelo en torno a las fiestas de Ponce (p. 208 ss.), la mirada de Libia M. González a la fotografía como fuente de interpretación y creadora de imágenes (p. 273 ss.), interesan por el solo hecho de su invisibilidad en la bibliografía histórica insular. El lenguaje con que a veces se traduce toda esa realidad conflictiva del cambio es una de las virtudes mayores del conjunto de los textos que componen este volumen.

Algunas de las intenciones mayores de *Los arcos de la memoria: el '98 de los pueblos puertorriqueños* pueden ser cuestionadas. Esa aspiración a retornar a la historia desde la mirada de lo cotidiano está a veces en conflicto con la revisión de la mirada de los espacios populares. Hay que recordar que las clases no populares también tuvieron vida cotidiana, maneras propias de ser, tránsitos que recorrer en el período intersiglos, conflictos que resolver y sueños que soñar. En ocasiones las fronteras entre la microhistoria social y la historia de la vida cotidiana tampoco están bien definidas. La novedad del tomo representa una invitación a volver

a mirar éste y otros momentos de la historia puertorriqueña a través de ese cristal.

Debo confesar que siempre tendré en mente que todo cristal se empaña y que incluso lo que más abrazamos como develación suprema, está constantemente en la frontera de transformarse en un simple mito. *Los arcos de la memoria: el '98 de los pueblos puertorriqueños* es una manera original de atisbar a un fenómeno del pasado que no ha dejado de ser del presente. Me temo que muchas de las categorías inventadas alrededor del tema seguirán incólumes durante mucho tiempo a pesar de éste y de otros libros.

El 1898 que conozco, me atrevería a sintetizarlo en una de las frases más lapidarias de uno de los testimonios más soberbios en torno a un siglo de crisis: "lo cierto es que tuve miedo o algo por el estilo. Si por lo menos supiera de qué tuve miedo, ya sería un gran paso" (Sartre 1984:8). Tal vez éste sea el momento para cristalizar esa sensación de vacío que le dejó la nueva presencia estadounidense a los abuelos, que todos descubrieron en el año de la invasión. Lo más importante es que esta generación no termine sintiendo la misma sensación de vacío. Lecturas como ésta pueden ser útiles para que no sea de ese modo.

## REFERENCIAS

- Borges, Jorge Luis. (1995). Funes el memorioso. En *Ficciones*. Madrid: Alianza/Emecé.
- Sartre, Jean-Paul. (1984). *La náusea*. México-Barcelona: Origen-Seix Barral.